

BENDECID, NO MALDIGÁIS

Algo que me llamó la atención en Guinea fue la sensibilidad de mucha gente ante lo que llamaban “**hablar mal**” (akobo abé), como un gran pecado. Hablar mal no es sólo echar maldiciones, es “decir mal” en fondo o forma de/a alguien, pero el efecto es parecido: maldecir es también la maledicencia.

La murmuración (para Calasanz y para Teresa de Jesús, posiblemente el peor mal en las comunidades religiosas) hace referencia a hablar entre dientes, o hablar contra alguien o mal de alguien a sus espaldas. Dicen los entendidos que esto nace de un corazón infeliz e inconforme... ¿quizás a veces de una mala costumbre? Lo que es claro, es que no siembra bien, sino mal. Y se notan los resultados. No sólo la calumnia es “pecado”, también la difamación y peor cuando encima es una actitud mantenida: genera división y bíblicamente (desde la experiencia del Éxodo) es algo “a desterrar” del pueblo.

En el Evangelio –y también en S. Pablo- se nos invita a bendecir, frente a la maldición. La actitud del cristiano es la de la bendición. La de Satanás es la del “acusador de nuestros hermanos”. Y, siendo obra de Dios, bendecir al hermano es bendecir a Dios y maldecir del hermano, en gran medida es hacerlo a Dios.

Pero aprender a bendecir es **todo un camino**.

Puede ayudar, en primer lugar, el propio conocimiento y aceptación. El juicio al hermano nace de conocerse poco, de aceptarse mal o de una pasión indebida. Aunque a veces se nos escapen desahogos, de los que no podemos estar orgullosos, hemos de cuidarlo y repararlo, en lo posible.

Ponerse bajo la mirada de Dios y descubrirla amorosa, nos puede ayudar. Siempre me ha llamado la atención este texto: *No juzguéis antes de tiempo; dejad que venga el Señor. Él sacará a la luz lo que está oculto en las tinieblas y pondrá al descubierto las intenciones del corazón. Entonces vendrá a cada uno **su alabanza** de parte de Dios.* 1Co 4,5 (también los vv.12-13: *si nos maldicen, bendecimos; si nos persiguen, soportamos; si nos difaman, respondemos con bondad*). Y lo mismo para nosotros que para los que nos rodean, que son un don que Dios nos da: si no lo vemos así, pidamos al señor que nos limpie la mirada (Mt 6,22-23), porque ver lo positivo de los hermanos no nos aleja del realismo: es más real que las carencias.

Porque hay **alternativas** ante el mal que vemos: separando las acciones del juicio a las personas, llevarlo a la oración y cuando se vea oportuno, aunque cueste, hablarlo con el hermano a quien concierne. Oración y corrección fraterna son las respuestas que el Evangelio que profesamos nos propone ante el mal del hermano.

Aprender a bendecir es todo un camino, decíamos, exige una auténtica ascesis: tomar conciencia de nuestras maledicencias, aprender a callar, aprender a mirar de otra manera –con ayuda de la mirada de Dios- y, sobre todo, bendecir cada vez más, dar gloria a Dios por el don de nuestros hermanos. Cuanto más nos ejercitamos, más avanzamos... y además ¡lo disfrutamos! (Lo mismo se puede decir de nuestro ministerio: acoger y bendecir, siempre, a los niños)

Invito en estos días a tomar conciencia de nuestro hablar. Y a cortar con claridad las ocasiones que se den, porque la aquiescencia de quien oye es clave para mantener la maledicencia. A preguntarnos siempre si recibimos información correcta y a buscar alternativas a la maledicencia (por ejemplo, la corrección). Y siempre a orar a Dios por el hermano... y sobre todo lo positivo: bendecir a Dios por él y bendecirle ante Dios (y ante los hermanos, si es posible) porque, además, bendecir hace mucho bien a quien bendice.

(Otros textos: St 3,5; 4,11-12; 5,9; Mt 7,2-3.5; 12,36-37 (y muchos proverbios))

Me gustaría seguir recibiendo ecos, creo que es importante. (daniha@escolapiostd.es, asunto "compartiendo")